

Enero y la buena fortuna

Carlos Pellicer López

Tuve suerte en enero de 1965. Empecé mis estudios de pintura en el viejo edificio de la Academia de San Carlos.

Una mañana crucé la gran portada y sentí una emoción difícil de comprender, mezcla de temor ante lo desconocido y una esperanza de encontrar finalmente una escuela hecha a mi puro gusto.

Encontré dos listas de grupos con los nombres de los alumnos de primer ingreso. A mí me tocó el grupo a cargo de Héctor Cruz. Subí varios tramos de escaleras, desde las principales hasta otras cada vez más angostas que me llevaron a un tercer piso, a trasmano, claramente un añadido al edificio original.

Me presenté con el maestro. Héctor, con una sonrisa seca, contestó los buenos días. De inmediato organizó al centro del salón, sobre una mesa desvencijada, una composición con tres o cuatro cuerpos geométricos elementales, pintados de diferentes colores. Las instrucciones para pegar los cartones a unos viejísimos restiradores y mezclar después los pigmentos con el aguacola fueron tan escuetas como los objetos que se habrían de pintar. Héctor hablaba poco, pero dejaba ver un carácter fuerte, sencillo, de una pieza. Su aspecto, adusto, limpio, con camisa de cuello cerrado pero sin corbata, en el bolsillo del saco tal vez asomando un periódico doblado que hojeaba sin prisa y sin mucha atención, me parecía la figura de un personaje distante y lejano al que difícilmente podría acercarme. Estaba totalmente equivocado.

Al cabo de algunas semanas en las que casi no hubo ningún comentario sobre mi trabajo, el diálogo empezó a fluir como las emulsiones al temple que usábamos día tras día. La técnica milenaria, ya fuera con cola o con huevo, aceite y barniz, se hizo familiar, como se aprende a trabajar el pan “sencillo y bueno”.

Un día, no recuerdo por qué, pude conocer su casa y su estudio. Entonces entendí, de un golpe, las riquezas ilimitadas de la técnica. En una serie de retratos aparecían su mujer —Linda— y sus hijas pequeñas, igualmente lindas, pintadas con la mayor ternura. No espe-

raba ver imágenes así, tan llenas de gracia, saliendo de la mano de un temperamento como el de Héctor.

Pero me faltaba el mejor aprendizaje. En los meses y años que siguieron fructificó una amistad extraordinaria que fuimos tejiendo frente a los paisajes del Pedregal de San Ángel, de Tepoztlán y de muchos otros lugares.

Pocos espacios como el que se comparte en el campo abierto, frente al caballete, pueden unir de manera tan íntima a quienes lo comparten. Las horas pasan en silencio y, cuando se intercambian las miradas sobre los diferentes trabajos, pareciera escucharse el corazón del otro, batallando por dejar en claro sobre la tela las más profundas emociones. Después, en la caminata y en el viaje, el silencio se va llenando de conversaciones inesperadas, como si el compañero de soledades, luego de enfrentar el espectáculo infinito y milagroso, se volviera natural confidente.

La amistad de un maestro es condición necesaria para aprender en verdad; la amistad de un maestro es un tesoro para siempre.

Con Héctor aprendí cuanto pude sobre los misterios del paisaje y aprendí a ver sus paisajes.

Sus paisajes reúnen matices, pincelada a pincelada para que el ojo vaya encontrando acomodo, configurando y descifrando la forma y el color. Cada cuadro es un descubrimiento, una develación de la realidad. Lleva la mirada del espectador de paseo por una atmósfera imprecisa, sin sentido aparente. Poco a poco va definiendo los objetivos que llaman su atención. Al fin, como por un milagro, cristalizan los rayos de luz en una joya. El fuego de sus colores nos invita a mirarlos a prudente distancia para abrigar nuestras mejores emociones.

Sé que he aprendido mucho del trabajo ejemplar de Héctor, pero sé también que me falta al menos otro tanto.

Con qué alegría regreso a su pintura, nueva cada vez que se mira.

Mayor alegría al poder compartirla a través de estas páginas de nuestra Universidad. Nuestra Universidad que nos regaló, entre tantas cosas, aquella fortuna en la mañana de enero de 1965.